

ta felicidad entre tanto ruido? Jamás verán los niños por dónde sale el sol y por donde se pone. Harán falta, con el tiempo, casi tantos guardianes como ciudadanos. Y ¿quién vigilará a los vigilantes del orden?

Nadie debe matar la vida, la tradición o la costumbre; pero la marcha de la humanidad tiene sus reglas. Nadie debe obligar a nadie a abandonar la fuente o el río conocidos, ni siquiera el viejo camino del cementerio rural y familiar; pero existe un capítulo de la sabiduría social que se llama rentabilidad de las inversiones públicas. Y no será solución tampoco alentar entre todos la paz doméstica de unas cuantas casas sobre una verde ladera.

Hoy parece preciso volver los ojos a esas espléndidas ciudades medianas, a esos pueblos prósperos, a esas villas modestas y mantenidas. Contemplad su figura. Hay varios sacerdotes, bastantes profesores, algún cinematógrafo, tres salas de fiesta, un casino... y Residencia Sanitaria, Instituto de Bachillerato, Centro de Formación Profesional..., y abundancia de niños, de jóvenes, de novios... E historias que contar y que aprender; y sus obras de arte, y sus plazas tranquilas, y hasta sus poetas, músicos o pintores. Y el campo al alcance de los pies, y el sol como reloj de una vida no demasiado complicada; y sus industrias, y sus parques floridos en primavera. Hay que volver los ojos a esas comunidades de

